El Siglo de Oro en escena. Homenaje a Marc Vitse, Toulouse, PUM/Consejería de Educación de la Embajada de España en Francia, 2006, pp. 283-295.

El duque de Lerma, el príncipe Felipe y su maestro de francés*

Teresa Ferrer Valls
Universitat de València

En sus *Grandes anales de quince días* Quevedo, al recordar el nombramiento de Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y luego duque de Lerma, como virrey de Valencia, se hacía eco de la opinión de algunos contemporáneos, según la cual el nombramiento de Francisco de Sandoval como virrey había sido una maniobra de Felipe II para tratar de evitar su influencia sobre el joven príncipe Felipe, enviándolo a Valencia «donde —en palabras de Quevedo— disfrazado en gobierno tuvo un destierro con buen nombre y lustre»[1].

Como hoy corroboran otros testimonios de la época, esta opinión, expresada por contemporáneos como Quevedo, se fundaba en verdad, pues fueron efectivamente las prevenciones del viejo Felipe II y de su consejero Cristóbal de Moura respecto a Francisco de Sandoval las que motivaron la toma de esta medida[2]. No obstante, la plaza de Valencia era una de las más prestigiosas. No en vano había sido ocupada a lo largo del siglo XVI por nobleza de primer rango[3]. El Palacio Real, la sede de los virreyes en Valencia, había acogido a Enrique de Aragón, primo hermano de Fernando el Católico, a Juana de Aragón, su hermana, a Germana de Foix, su viuda, y a Fernando de Aragón, tercer marido de doña Germana e hijo de Fadrique, el destronado rey de Nápoles. Al traspasar la primera mitad del siglo XVI, algunos de los miembros de la nobleza más

* Mi trabajo se beneficia de mi vinculación a los proyectos financiados por el Ministerio de Educación y Cultura, con fondos FEDER, con referencias BFF 2003-06390 y HUM2005-00560/Filo.

1 Quevedo, *Grandes anales de quince días*, p. 761.

2 Feros, 2002, pp. 75-107, y en especial 105-107.

3 Mateu Ibars, 1963. Sobre la tradición cultural valenciana, véanse Oleza y Diago, 1984, especialmente las pp. 9-41 y 165-179, con diversos artículos relacionados con este aspecto, y Ferrer Valls, 2000.

estrechamente vinculada a la monarquía ocuparon el Palacio Real. Es el caso, por mencionar los más llamativos, de Alonso de Aragón, duque de Segorbe y de Cardona, virrey entre 1558 y 1563, o de Antonio Alfonso Pimentel, conde de Benavente, virrey entre 1566 y 1572, y gran aficionado al espectáculo teatral. Baste recordar las fiestas que en 1554 organizó en su villa de Benavente, en las que participó la compañía de Lope de Rueda, y con las que agasajó al príncipe Felipe, futuro Felipe II, que viajaba camino de Inglaterra para casar con la princesa María[4]. Hay que evocar también en esta segunda mitad del XVI la presencia como virrey, entre 1575 y 1578, de Vespasiano Gonzaga, príncipe de Sabbioneta, y hombre también aficionado al teatro, como demuestra el hecho de que a su regreso a Italia se hiciera construir (entre 1580 y 1590) en su villa de Sabbioneta un teatro, obra de Vicenzo Scamozzi[5].

Ni que decir tiene que para un noble con las aspiraciones del marqués de Denia hubiese sido mucho peor ser enviado, como al principio se pensó hacer, como virrey al Perú. Aun así, a pesar de la mayor proximidad de la plaza valenciana, el alejamiento de la corte era visto por la nobleza cortesana como una suerte de destierro, pues la privaba de la cercanía al monarca y, en consecuencia, del acceso directo al patronazgo regio. Para alguien que, como ha historiado recientemente Antonio Feros[6], había desplegado desde la década de 1580 una estrategia calculada de acceso al poder a través del acercamiento al príncipe, el desplazamiento a la periferia debió de ser vivido como una verdadera tragedia. Algo de la angustia que debió de producir en el futuro duque de Lerma esa situación se refleja en las memorias de Jehan Lhermite, escritas a su regreso a su ciudad natal, Amberes, en 1602[7]. Las memorias de Lhermite, en primera persona, nos muestran a un hombre de espíritu curioso, atento a recoger detalles de diferente índole, observados durante sus viajes y durante su estancia en la corte española, desde las fiestas y costumbres a la fisonomía del paisaje o de los edificios. Una curiosidad que le llevó a abandonar su casa, como pone de manifiesto al recordar ese momento al comienzo de su relato,

> me trouvant en ëage compétant, et appétissant de veoir nouveau monde, et cognoistre aulcuns de mes parents paternels [...] tentant aussi mellieure fortune, me déterminay de mettre en exécution ce mien désir, et prenant congé de ma mère, me partay du dit Anvers[8].

La curiosidad, pero también el deseo de salir de casa para mejorar de estado, guía los pasos de Lhermite hacia la corte española, sirviéndose de esa tupida red de favores y relaciones familiares que le permite ir situándose. Por recomendación de su primo Martin Lhermite, señor de Bettinsart, Jean Lhermite se encamina a la corte en busca de la protección de Pierre Van Ranst, ayuda gentilhombre de la cámara de Felipe II, en busca «par son moyen de parvenir à quelque degré d'honneur en son royal service»,

4 Muñoz, *Viaje de Felipe II a Inglaterra.*

5 Mazzoni y Guaita, 1985.

6 Feros, 2002, especialmente p. 105.

7 Aunque conocido y citado entre los historiadores, *Le passetemps*, título que figura al frente de las memorias del Lhermite, no cuenta con una edición moderna en castellano, edición que, según me informa mi colega B. J. García García, se está preparando en estos momentos. Citaré, por tanto, por la edición antigua, en francés, de este interesante y curioso manuscrito.

8 *Le passetemps*, I, p. 9.

convirtiendo éste en su primordial objetivo: «Je prins ce blanc pour mon sol but, et à icelluy en dirigeois toutes mes flesches»[9]. Lhermite descubre pronto la utilidad del conocimiento de la lengua como medio de integración, y salpica sus memorias de ideas sobre su aprendizaje, a veces ciertamente peculiares, como cuando aconseja como conversación más conveniente para practicar una lengua la que se puede entablar con

> des damoyselles, ou bien des petits enfants, en est bien la plus convenable, parce qu'iceulx caquettent incessament sans tenir rang, respect, ni authorité quelconque, tellement qu'on y parle tout franchement et sans aucune arrière-pensée qui faict incontinent perdre à l'aprentif la première vergoingne[10].

El relato de sus recuerdos pone de manifiesto los pasos estratégicos y las preocupaciones de alguien que, en segunda fila, en los aledaños del poder, pero sin poder político efectivo, se mueve con habilidad entre alcobas y pasillos, atento a los cambios y transformaciones políticas, y a lo que éstas pudieran depararle de cara a su propia promoción. Sus cautas reflexiones sobre algunos de los personajes con los que entra en contacto, entre ellos el marqués de Denia, o sobre la corte, se combinan con una orgullosa y explícita exhibición de su habilidades estratégicas, calculando sus posibilidades de medro en relación con los más poderosos. Una estrategia, no hay que olvidarlo, legítima a los ojos de los contemporáneos, y que hay que comprender en el marco de una sociedad cortesana en la que el patronazgo regio era la aspiración máxima para alguien que se sentía obligado por su origen a mejorar su casa[11].

Si bien algunas de las pautas iniciales del relato autobiográfico de Lhermite podrían recordar las convenciones del relato picaresco (el deseo de abandonar la familia, conocer mundo y hacer fortuna), hay que añadir enseguida que Lhermite pertenecía a un linaje noble. Precisamente a la genealogía de su casa dedicó su amigo Nicolás de Campis (o des Champs), que fue rey de armas de Felipe II y Felipe III, una obra titulada *Généalogie ou descente de la noble et anchiene maison de Lhermite*[12]. En la dedicatoria de esta obra, firmada en Valladolid el 20 de febrero de 1602, Campis se refiere a su amigo Lhermite como «noble, génereux et vertueux Gentilhommme [...], Chevalier, Ayde Gentilhomme de la Chambre de feu de très haute mémoire Sa Majesté Catholique et présentement du Roy régnant, Philippe III, nostre souverain Prince, et leur pensionaire», recordando con admiración el modo en que lo distinguió Felipe III, concediéndole

> de porter diadême au lieu de borrelet que vos prédécesseurs soloient porter; et à vous en particulier pour cymier ou tymbre, un griffon d'or naissant dudict diadême, griffant en sa

[9] *Le passetemps*, I, p. 11-12.

[10] *Le passetemps*, I, p. 11.

[11] Aparte del clásico estudio de N. Elias, 1969, la bibliografía en la que se analizan los mecanismos de funcionamiento de esta sociedad cortesana, y la figura del valido, es hoy muy nutrida; recordaré sólo, por centrarse en la época del de Lerma, el libro de Benigno, 1994, o el de Feros, 2002, y, por aportar un panorama europeo, Elliott y Brockliss, 1999. Sobre las fiestas en la época de los Austrias puede verse ahora Lobato y García García, 2003, con interesantes trabajos sobre el tema y un apéndice bibliográfico.

[12] De este obra genealógica manuscrita da cuenta Ruelens, en su introducción a la edición del tomo I de *Le passetemps* de Lhermite, 1890, pp. VIII-XXI, en donde se ofrecen detalles sobre el origen del linaje y sobre la famila de Jean Lhermite.

griffe droicte une clef d'or, attachée à son col avec un cordon du mesme: qui sont les marques et inseignes de voz bons et loyaux services d'ayde-gentilhomme qu'avez esté si longues années des chambres (portant la clef d'icelles) successivement de père e filz[13].

Efectivamente Lhermite fue ayuda gentilhombre de la cámara de Felipe II y de Felipe III, quien le nombró caballero y le otorgó, antes de su regreso a Amberes, una pensión. Lhermite sirvió en la corte española en los últimos años del reinado del viejo monarca (llegó en 1587), y en los inicios del reinado del joven Felipe III (regresó en 1602). El invierno de 1587 le deparó su primer golpe de suerte, al permitirle, a causa de unas fuertes heladas, exhibir en la Casa de Campo, los viveros de la casa real, sus habilidades para deslizarse en el hielo sobre sus «patins d'Hollande», junto con otros compatriotas, ante la curiosa mirada de Felipe II, sus Altezas y el resto de la corte: «beaucoup de gens sortoient à veoir ceste feste, qui leur sembloit à tous très admirable». La admiración de la familia real hizo posible su primer contacto con el Rey, que Lhermite consigna puntualmente en sus memorias, conocedor de la transcendencia de este encuentro de cara a sus pretensiones:

Et s'enquesta Sa Majesté fort curieusement de moi, qui j'estois, d'où je venois, et combien qu'il y avoit que j'estois en Espaigne [...] et non contant de ce, me feist l'honneur de me faire approcher son coche, veuillant veoir un de mes patins, lequel luy monstray, et aussi à ses Altèzes qui s'espandoient fort d'une si grande industrie, ne pouvant comprendre comment on s'en pouvoit tenir et s'asseurer dessus.

Su Majestad y Sus Altezas regresaron una vez más a la Casa de Campo durante este invierno, y el rey hizo llamar expresamente a Lhermite, que vio incrementadas así sus esperanzas en relación al monarca: «qui me donna au coeur ne sçay que sursault et arrière pensée, que par ceste nouvelle souvenance, il en pourroit demeurer en la mémoire de Sadicte Majesté plus grande impression de moy, par où, à temps et lieu, je pourroys parvenir à ces miens premiers desseings, qui tousiours avoient esté de me mestre quelque jour en son Royal service».

El encuentro con el Rey acelera el deseo de Lhermite de dominar la lengua española: «A quoy pensant d'alors en avant, et afin de tant plus me rendre à ce capable, déterminay de m'appliquer totalement à la langue, moeurs et conditions du pays, pour par icelle voye, aussi me faire entre les uns et les autres tant plus aymé et conversable»[14]. Gracias a las gestiones de Pierre Van Rast y con el beneplácito del poderoso ministro Cristóbal de Moura, Jean Lhermite fue nombrado gentilhombre de la cámara de Felipe II, tomándole juramento el 22 de junio de 1590 el mismo Moura, que entonces ocupaba el puesto de sumiller de corps del rey en sustitución del conde de Buendía. Su nueva situación le hace evocar a Lhermite el desagrado con el que fue visto este nombramiento por algunos «pas trop contents du coup failly, en respect d'aulcuns leurs amys et favoritz pour lesquelz ils avoient prétendu ceste place», lo que le lleva a formular tópicas consideraciones, puestas en boca de su protector Van Ranst, sobre «l'envie, l'ambition

13 Lhermite, *Le passetemps*, I, p. XIII.

14 Para las citas anteriores, Lhermite, *Le passetemps*, I, pp. 82, 83 y 84, respectivamente.

et impiété qu'il y a d'ordinaire en ces grans Palays e royales maysons»[15].

A partir de este momento Lhermite, ocupando su puesto, acompañará al Rey en sus visitas a sus palacios de recreo o al Escorial, y en 1592 a la jornada de Tarazona, adonde Felipe II se desplazó, tras las alteraciones de Aragón, para celebrar cortes, acompañado de la infanta Isabel Clara Eugenia y del príncipe Felipe, que fue jurado como sucesor por los aragoneses. Lhermite revela un interés por consignar las costumbres y curiosidades de los lugares que va visitando junto con el séquito real, y también los festejos, como los celebrados en Valladolid, entre junio y agosto de 1592, al paso de la comitiva real hacia Tarazona, entre los que menciona una máscara de caballeros disfrazados, acompañados de carros e invenciones, un juego de cañas, fuegos de artificio, y una naumaquia que tuvo lugar en el río Pisuerga. Las fiestas de toros llaman poderosamente la atención de Lhermite, que suele detenerse en la descripción de este tipo de espectáculos (véase la ilustración nº 1), que en alguna de sus variantes locales juzga especialmente cruel. Así, al describir la fiestas de toros en Valladolid, a las que se ponía fin cortando las patas de los animales agonizantes, Lhermite no puede evitar considerar este remate de fiesta como un «dernier supplice», que convierte a sus ojos la fiesta en un «triste et pernitieulx spectacle»[16].

Fue precisamente durante este viaje para celebrar cortes en Tarazona cuando Lhermite recibió de Felipe II el encargo de enseñar francés al joven príncipe, tarea que le proporcionó en los años siguientes una ventajosa situación de cercanía al futuro monarca, cuyos beneficios Lhermite supo ver de inmediato: «J'y pensois fort sérieusement afin de ne laisser escouler une telle occasion par où, avecq le temps, me pourroit advenir quelque bien et advanchement»[17]. Lhermite, conocedor de la afición del príncipe a los juegos y entretenimientos, pronto supo ver también en la organización de festejos un medio idóneo para agasajar al príncipe. Así, en el invierno de 1593, por sugerencia del Rey y de Sus Altezas, Lhermite, organizó una fiesta de patinaje en la Casa de Campo, festejo que casi finaliza fatalmente al ceder el hielo, cayendo algunos de los participantes a las aguas heladas, y particularmente una dama holandesa, Margarita Walix, salvada de perecer por la intervención del propio Lhermite, lo que le valió los elogios del monarca. Lhermite evoca así la afición del príncipe a las diversiones, y la ocasión que ello le proporcionaba para mejorar su propia situación:

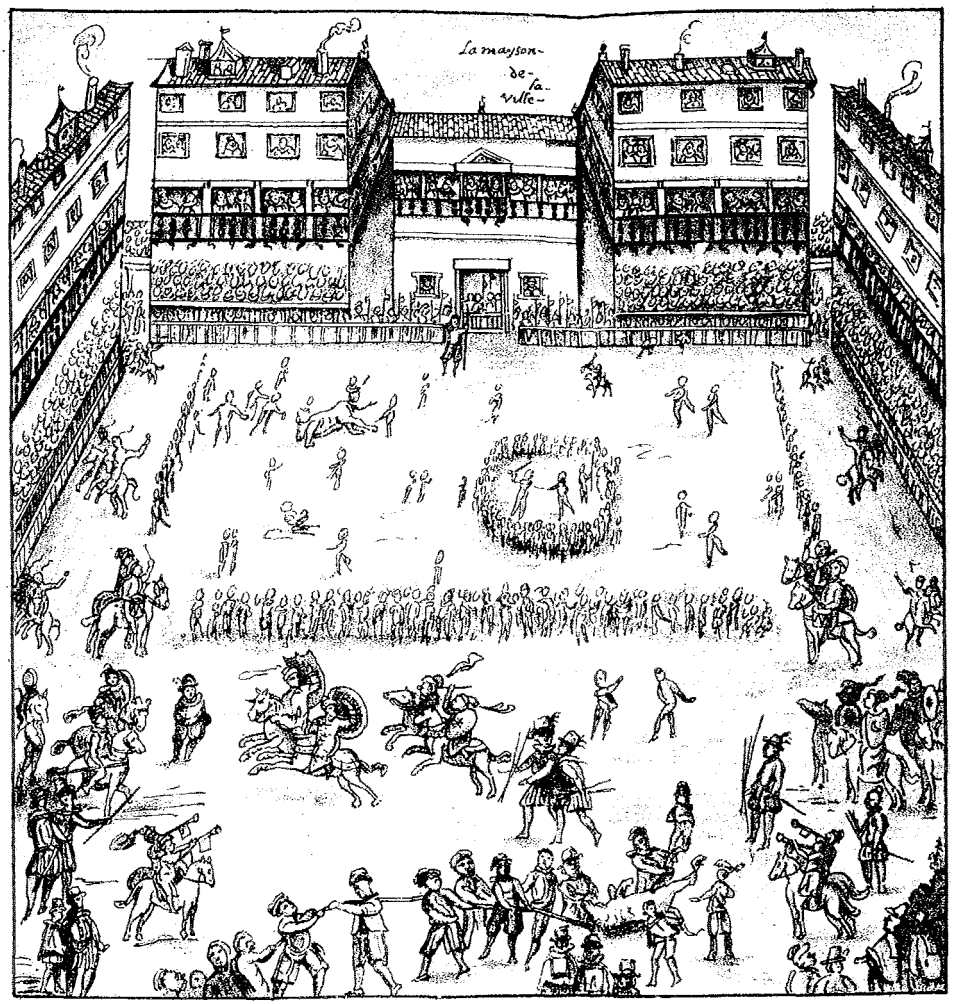
> Ce prince estoit de condition fort doux et voluntaire, et se playsoyt grandement de ces semblables entretenemens, quoy considéré, taschay par tous moyens et inventions de l'entretenir et me conserver en sa bonne grâce; l'encommencé estude de la langue françoyse alloit tousiours de bien en mieulx, et par ce moyen, avoys occasion à toute heure de le traicter plus familièrement[18].

[15] Moura fue el más importante y cercano de los consejeros de Felipe II, y el más poderoso de sus ministros durante los diez últimos años de la vida del monarca: véase Feros, 2002, pp. 98 y ss. Sobre su figura puede verse la biografía de Danvila y Burguero, 1900. Para el episodio del nombramiento de Lhermite, *Le passetemps*, I, pp. 92-94.

[16] Sobre las fiestas de Valladolid, *Le passetemps*, I, pp. 150-158.

[17] *Le passetemps*, I, p. 198.

[18] *Le passetemps*, I, pp. 210-217, y especialmente p. 217.



Jeu de Torreaux

Durante estos años y, claro está, a diferente escala, las aspiraciones de Lhermite y las del marqués de Denia corren en paralelo. Lhermite hace referencia en diversas ocasiones al de Denia, con quien parece haber mantenido una relación más o menos cercana, y que de hecho influyó decisivamente en los inicios de su valimiento en su nombramiento como caballero, y en la concesión de la pensión de 1.000 ducados anuales que Lhermite recibió del monarca Felipe III en 1601, cuando decidió regresar a su tierra, y otros 1.000 ducados para el viaje, en reconocimiento a los servicios prestados, y en particular a la enseñanza de la lengua francesa: «en considération et afin qu'il y en eust mémoire à ceux de ma posterité du soing, traveil, et paine que j'avois prins à luy avoir enseigné la

langue françoyse»[19]. Y, si hay que creer a Lhermite, en ocasiones estas clases podían llegar a ser verdaderamente penosas, a pesar de la buena disposición y de «la mémoire tan solide et profunde» del príncipe, como pone de manifiesto al recordar el desarrollo habitual de estas lecciones en esta curiosa e íntima imagen de la vida cotidiana en palacio:

> L'heure de ceste estude [...] estoit aux après-disnées, pendant qu'il estoit auprès de son père, qui seroit despuis les deux heures jusques à quatre, et ce, la plus part en sa royale présence, au bout de quelque buffet ou table, de celles de là tout près, luy assiz en un petit tabouret ou escabeau, et moy à son costé en un genou; et le plus souvent quand nous nous trouvions escartez hors de la royale présence, s'assied sur un de mes genoulx, estant moy agenouillé de l'autre et s'y assied dessus tout le temps de nostre lecture qui duroit aulcune fois une fort grosse heure, que Dieu sçait combien je m'en lassoy! Mais l'amour et bon zèle avecqu quoy le servoy, me soulageoient touttes ces paines et travaux[20].

Lhermite incluye en sus memorias anécdotas de palacio, y transcribe algunas cartas a él dirigidas por Francisco de Sandoval, fundamentalmente de recomendaciones y mercedes, evocando el momento de la muerte del viejo monarca, y la advertencia recibida del marqués de Denia («que je me tinsse un petit coy et qu'à son temps s'en souviendrait de moy»), justo unos días antes de ser nombrado ayuda gentilhombre de la cámara del nuevo rey y de recibir 2.000 ducados de manos del monarca[21]. Lhermite no olvida mencionar tampoco las cartas de recomendación y los regalos recibidos de mano del marqués, ya convertido en duque de Lerma en 1601, en el momento de su partida hacia Amberes («en continuation des faveurs que tousiours j'ay receu de la main du duc de Lerma»), cuando le hizo llegar la valiosa espada con la que había sido armado caballero por el rey, y un retrato del propio duque «tyré au vif par la main d'un bon peintre», junto con 1.500 ducados[22]. Era la culminación de un proceso de mejora social que tuvo como uno de sus principales valedores al marqués de Denia, con quien Lhermite había entrado en contacto en vida de Felipe II. Lhermite había sido testigo del alejamiento de la corte del marqués de Denia y, al recordar el nombramiento en 1595 como virrey de Valencia de Francisco de Sandoval, nos deja testimonio del disgusto del príncipe por su marcha de la corte: «Le marquis de Denia, que par cy devant disions estre grand favorit du jeusne prince, fust envoyé en ce temps à Valence por vice-roy, et semble que Son Altèze se résentoit grandement de cest envoy, car l'aymoit fort, et n'avoit personne à qui plus se fier, luy participant de touttes ses chosettes»[23].

[19] *Le passetemps*, II, 271.

[20] *Le passetemps*, I, 241-242.

[21] *Le passetemps*, II, pp. 157-158, y 173. Lhermite va consignando minuciosamente las ayudas de costa que desde la entrada al servicio de Felipe II va recibiendo. Así, el día de Todos Santos de 1591 recibió la primera, de 200 ducados, en mayo de 1592 otra por la misma cantidad, y en agosto de 1594 otra de 150 ducados (*Le passetemps*, I, pp. 125, 126, 248). La cantidad de 2.000 ducados concedida por Felipe III era muy superior a la recibida por Lhermite durante todo el tiempo de servicio a su padre. Estas cantidades solían coincidir con viajes de los monarcas y eran entregadas como una especie de ayuda para los gastos motivados por el desplazamiento. La recibida de Felipe III coincide con el viaje a Valencia para celebrar las reales bodas.

[22] *Le passetemps*, II, p. 321-322.

[23] *Le passetemps*, I, p. 254.

Uno de esos recuerdos evocados por Lhermite hace referencia a esa red de «cosillas» con la que el de Denia había ido tejiendo su vínculo de unión con el joven príncipe. Así, Lhermite nos traslada una anécdota en la que recuerda la promesa que el príncipe le hizo a su maestro de francés de una cabalgadura, promesa que tras dos años no había podido cumplir por falta de medios, situación que incomodaba al príncipe y que el marqués de Denia se apresuró a resolver a satisfacción de Su Alteza, haciéndose él mismo cargo de la deuda contraida con Lhermite, y entregándole la mejor yegua de su caballeriza, y esto a pesar, como recuerda Lhermite, de que en aquel momento, es decir, en el momento de partir a Valencia, el marqués: «n'estoit par trop avantagé d'argent»[24]. Apreciación verdaderamente cierta, pues como ha mostrado recientemente Feros, a pesar del status social del que gozaba, las rentas anuales y patrimonio de la casa de Sandoval eran, comparados con los de las casas de otros Grandes, bastante inferiores en la etapa anterior a la del valimiento. El mismo marqués de Denia, en 1585, había dirigido a Felipe II un dramático memorial, en el que manifestaba, con la boca pequeña, su intención de abandonar la corte y de retirarse a sus estados valencianos, dada la desastrosa situación económica en que se encontraba su casa, según alegaba motivada por los servicios prestados por su familia a la Corona, situación que le hacía insostenible mantenerse en la corte[25]. Tras este farol lanzado a Felipe II, el de Denia, claro está, permaneció en la corte, y la orden de trasladarse como virrey a Valencia en la primavera de 1595 debió de ser un jarro de agua fría para sus aspiraciones. De cómo le preocupaba este alejamiento y de su interés por permanecer al tanto de todo lo que se guisaba en la corte es testimonio de nuevo Lhermite, quien afirma haber recibido del marqués la petición de enviarle cartas a Valencia, manteniéndole informado de las novedades de la corte y en particular de las cosas del príncipe. Con cautela Lhermite reflexiona sobre la conveniencia de tales misivas, en un momento en que el marqués no gozaba de todos los favores en la corte: «à son partement m'avoit enchargé que bien souvent je l'eusse à escrire, ce que jusques lors n'avois encores faict, considérant combien ces semblables intelligences (point guydées par grande prudence, et discrètion) souloyent estre domageables; je miz enfin main à la plume, et lui escriz une lettre». Lhermite en su carta, que reproduce en sus memorias, se limitaba con prudencia a informar sobre la salud del rey y del príncipe, pero la respuesta de don Francisco de Sandoval, firmada en Valencia el 4 de septiembre de 1595, e incluida también por Lhermite en sus memorias, da cuenta de la cercanía entre ambos y de la desazón con la que el de Denia vivía su nueva situación:

> En cualquier tiempo que os accordares de mi, señor Lhermite, y me escrivieredes lo estimare mucho, y seran bien rrecevidas vuestras cartas, como lo fue aora la del 12 de agosto, conque me he holgado mucho, assi por saber de la buena salud de Su Magestad y Altezas como por todo lo demás que me dezis de nuebo; muy mal me ha ydo a mi della [de la salud] en esta tierra.

Y añadía al escrito, de su propia mano, como con sagacidad observa Lhermite, una nota suplicante: «Por vida del señor Lhermite que llevays adelante el escrivirme, que

[24] *Le passetemps*, I, p. 255.
[25] Feros, 2002, pp. 88-89.

rreçivo mucha merced en esto»[26].

Lhermite no olvida evocar en sus memorias con agradecimiento el retorno del marqués a la corte, tras este forzado alejamiento, dos años después, en noviembre de 1597[27], cargado de regalos para todos, incluida una pieza de tela, procedente de Berbería, que recibía el apelativo de albornoz, y que por ser impermeable era útil para la lluvia, según precisa el siempre detallista Lhermite. Tampoco olvida el maestro del príncipe resaltar la alegría de su joven pupilo por el retorno del marqués, de quien fue, en sus propias palabras, muy bien recibido: «et fust très bien receu de l'Alteze du Prince, de qui il estoit très bien voulu, comme aussi du mesme d'un chascun, car estoit seigneur for débonnaire envers tous, et en particulier sçavoit merveilleusement bien chérir ceulx ausquels ce prince regardoit de fort bon oil»[28].

La actividad conocida de Francisco de Sandoval como promotor de espectáculos y festejos, y su actividad como patrón de las letras, se despliega fundamentalmente a partir del comienzo del reinado de Felipe III. Poco sabemos del marqués como participante o promotor de espectáculos en la etapa anterior. Pero sobre su afición a los espectáculos, y sobre la conciencia de su utilidad, en esa etapa anterior al valimiento, nos sirve de testimonio Lhermite al referirse a una máscara organizada en 1593 con motivo de la boda entre un sargento de la guardia alemana de palacio y la viuda de un guarda de armas del Rey. Aprovechando esta circunstancia, Lhermite, como uno de los organizadores de la máscara, siempre atento a las aficiones del príncipe Felipe, lo invitó a asistir desde las ventanas al desfile de la misma ante el palacio real. Una vez autorizado el festejo por Felipe II, muchos nobles de palacio se apresuraron a formar parte de la máscara, que fue contemplada desde las ventanas de palacio por el príncipe, la infanta Isabel Clara Eugenia y el monarca Felipe II. El primero en prestarse a formar parte del desfile de enmascarados fue el marqués de Denia, que participó junto a otros señores y a su hijo el conde de Lerma, que era entonces menino del príncipe, y dos meninos más de su cámara, disfrazados los muchachos de mujeres a la moda alemana[29].

La importancia que ya entonces el marqués concedía a la participación en estos festejos, tan del gusto del príncipe, se puso de manifiesto este mismo año de 1593 durante las fiestas de Carnaval que tuvieron lugar en el palacio de El Pardo. Los festejos de Carnaval se celebraban tradicionalmente en palacio con danzas, máscaras y representaciones, al menos desde la época de la reina Isabel de Valois[30]. Así, este mismo año, aparte de la máscara a la que enseguida me voy a referir, se representaron dos comedias, una a cargo de las damas de palacio, que tuvo lugar en la habitación de la

26 *Le passetemps*, I, pp. 265 y 266.

27 Aunque Lhermite en sus memorias fecha este retorno el 25 de noviembre de 1596, se produjo en noviembre de 1597: véanse Mateu Ibars, 1963, pp. 172-174, y Feros, 2002, pp. 105-106.

28 *Le passetemps*, I, p. 313.

29 *Le passetemps*, I, pp. 217-218

30 Ferrer Valls, 1991, pp. 58-59. Lhermite se refiere así a la tradición de los festejos de Carnaval en Palacio: «Les jours de caremaulx, je dis les trois ou quatre derniers, y avoit grand passetemps de danses, comédies et tous autres jeux de pas et pas. Les dames du palays y représentoient un jour une très belle comédie au quartier de l'Infante, qui ne fust veue que de Sa Majesté, son Altèze du Prince et aulcuns des gentilhommes les plus privilégiez, et un aultre jour y avoit aussi du mesme une autre représentation de comédie par les comédians espaingnols, la quelle se representoit en publicq, et fust fort louée de tous» (*Le passetemps*, I, pp. 219-220).

infanta, y otra a cargo de una compañía de comediantes. Lhermite, que nada más nos dice respecto a la representación de estas dos comedias, dedica mayor espacio a la descripción de la máscara, encargada por el príncipe y de la que fue principal organizador, máscara que consistió, por sugerencia del mismo príncipe, en una especie de boda aldeana a imitación de las celebradas en los Países Bajos. La fiesta fue sufragada por Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, muy aficionado, según Lhermite, a este tipo de entretenimientos, y autorizada por Felipe II, quien ordenó que la celebración tuviera lugar el penúltimo día de Carnaval. La fiesta se hizo en la gran sala del aposento de la infanta, ante ésta, el príncipe, el rey y caballeros y damas de la corte. El marqués de Denia, que había estado ausente de palacio durante los preparativos de la fiesta, y por ello, según testimonio de Lhermite, no había sido incluido en la máscara, hizo su aparición en el momento previo a la celebración para abordar a Lhermite, que se encaminaba con los enmascarados hacia la sala. Su relato de esta anécdota pone de relieve la desazón del marqués por haberse visto marginado de este festejo:

> Icy en ceste montée trouvions en enboscade le marquis de Denia qui, pour son absence du palays pendant qu'allions occupés en ceste mascarade, n'avoit esté comprins en icelle, dont s'estoit monstré très marry, et me fist grande instance que je l'eusse à accommoder quelque part, afin qu'il y puist entrer et donner ce petit goust à son Altèze (de qui il estoit grand favorit), qui désiroit fort qu'il y fust entre mis.

Lhermite se vio obligado a improvisar, pero el marqués intervino en la fiesta con entusiasmo, encabezando la comitiva como capellán de las bodas, con su breviario en la mano, y sentándose, cubierto con su máscara, muy cerca de la familia real, no sin provocar la curiosidad del resto de participantes, quienes, salvo el príncipe y el propio Lhermite, desconocían su identidad: «ne pouvant imaginer d'où ce nouveau masqué estoit venu sans le sceu d'eulx tous, et que si bien s'y estoit accomodé, y représentant le personnaige tant nécessaire et à propos»[31].

Antes de llegar a su destino valenciano, hay que suponer, pues, por testimonios como los expuestos, que Francisco de Sandoval ya conocía muy bien el valor de los entretenimientos de corte como instrumento político para agasajar al príncipe y participaba, aunque todavía en segunda línea, del ambiente cultural y festivo que debió albergarse en palacio, propiciado también por la infanta Isabel Clara Eugenia. Hay que recordar que se ha supuesto que en torno a la joven infanta, hija de Felipe II e Isabel de Valois, se reunió un círculo literario y poético de cuyas actividades sería reflejo una novela pastoril en clave, *El pastor de Fílida* de Gálvez de Montalvo (1582), en la que se incluye una égloga dramática. Precisamente en el Canto de Erión que se incluye también en esta novela, escrito a imitación del Canto de Orfeo de *La Diana* de Montemayor, se elogia a las damas de la corte, y entre ellas, ocupando lugar destacado, junto a las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, se menciona a Catalina de Zúñiga, hermana de Francisco de Sandoval, y a Catalina de la Cerda, su esposa[32].

Francisco de Sandoval tan sólo permaneció dos años, entre 1595 y 1597, ocupando

31 Para la descripción de este festejo y sus circunstancias, *Le passetemps*, I, pp. 220-231, y las citas en la p. 225.

32 Martínez San Juan, 2000, pp. 528-552.

el puesto de virrey en Valencia, y su breve paso por el virreinato no ha dejado apenas huella en las crónicas y relaciones de la época en lo que se refiere a la organización de festejos en el palacio virreinal. Hay que recordar, sin embargo, que la tradición teatral se encontraba ya por esos años consolidada en Valencia, y que al menos desde 1582 llegaban a la ciudad de manera regular y organizada compañías de actores bajo la tutela administrativa del Hospital. Durante los dos años que permaneció en el palacio virreinal, gracias a los libros del Hospital de Valencia, sabemos que varias compañías representaron en la casa de comedias de la Olivera, y no sería de extrañar que alguna de ellas fuese a palacio a representar, como se documenta en el caso de otros virreyes, por ejemplo del propio hermano de Francisco de Sandoval, Juan de Sandoval, que fue nombrado virrey de Valencia por Felipe III durante las cortes celebradas en esta ciudad en 1604, cuando don Francisco ya detentaba el título de duque de Lerma y se había convertido en el todopoderoso valido de Felipe III. Aunque tampoco sabemos mucho del papel que pudo desempeñar como promotor cultural durante su breve mandato Juan de Sandoval, el nacimiento en 1605 del príncipe Felipe, futuro Felipe IV, dio ocasión para la celebración, durante la primera semana del mes de mayo, de importantes festejos en la ciudad, y Jerónimo Pradas, al relatarlos, da cuenta de la presencia del virrey en todos ellos, y de la representación de una comedia privada en el palacio virreinal ante Juan de Sandoval por parte de una compañía de actores, a quienes el virrey prestó su coche para que se pasearan, ataviados «a la turquesca y a la española», por la ciudad[33].

No sería de extrañar que también durante el mandato de Francisco de Sandoval el palacio virreinal fuese marco de representaciones particulares. Hay que advertir que una de las compañías que representó en la Olivera entre agosto y noviembre de 1595, recién llegado a su puesto de virrey, fue la de Melchor de Villalba[34], que precisamente sería pocos años después la elegida por el marqués de Denia para representar en los festejos con los que agasajó en la villa de Denia a Felipe III, en 1599, con motivo de las bodas reales[35]. También sabemos que el marqués de Denia disfrutó durante su etapa como virrey de otro tipo de espectáculos, muy habituales en la Valencia de la época. Así, poco antes de culminar la etapa de su virreinato y regresar a la corte, el 20 de septiembre de 1597, fueron llevados a actuar ante las ventanas del Palacio Real unos volatines que alcanzaron un éxito asombroso en Valencia, y que habían representado previamente en la Olivera[36]. Es probable que se trate de los mismos volatines que habían dejado asombrados a Lhermite y a los madrileños, ejecutando sus acrobacias ante el Palacio Real en Madrid, a la vista de la familia real, durante los carnavales, y de cuyas acrobacias hace minuciosa descripción como cosa «très digne d'estre veue, annotée, et mise en perpétuelle mémoire», llegando a incluir en sus memorias un dibujo (véase ilustración nº 2) explicativo de sus habilidades:

> Entre aultres passetemps il y avoit aulcunes joustes, et semblables festes et récréations. Mais la mellieure, plus admirable et jamais veue fust celle des Buratins, qui estoient deux frères Italiens

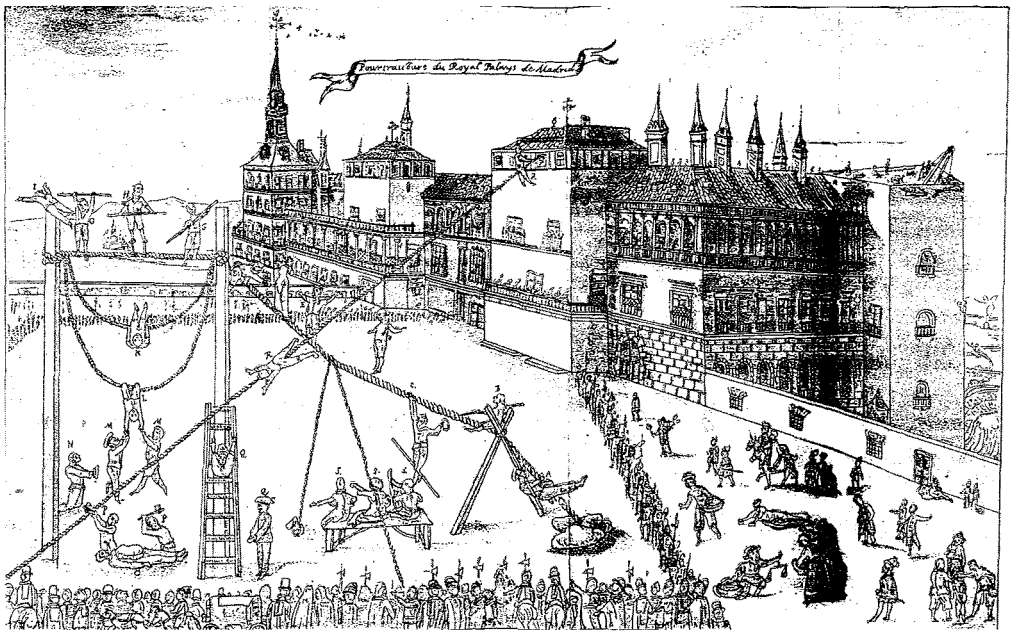
[33] Pradas, *Libro de Memorias*, f. 16r-17v. Juan de Sandoval murió en Valencia, en 1606, Mateu Ibars, p. 204.

[34] Merimée, 1913, p. 128.

[35] Lope de Vega, *Fiestas de Denia*, p. 100, 122, 123.

[36] Mérimée, 1913, p. 89.

(mais bien dès leur infance nourriz en la France), jeunes garçons d'environ 21 ou 22 ans, fort habils et gaillarts, faysans des admirables voltes et saults en l'air, et alloient merveilleusement bien sur la corde[37].



Por otro lado, de la afición de Francisco de Sandoval por las fiestas es testimonio, como ya he tratado en otro lugar, una novela pastoril en clave, *El Prado de Valencia*, escrita por el noble valenciano Gaspar Mercader, que da fe de la corte literaria y festiva que congregó en torno suyo entre 1595 y 1597[38]. *El Prado de Valencia*, publicado en 1600, cuando resonaban los ecos de los fastos por las bodas reales en Valencia en 1599, lo dedicó Gaspar Mercader precisamente a doña Catalina de la Cerda y Sandoval, mujer de Francisco de Sandoval, entonces ya duque de Lerma. La obra ilustra también las aspiraciones sociales de Mercader, y su instrumentalización de la literatura para agasajar al poderoso valido, aspiraciones que debió de ver colmadas al ser nombrado en 1604 conde de Buñol, durante la estancia en Valencia de Felipe III y de su valido para celebrar cortes en la ciudad.

Tanto *Le Passetemps* de Lhermite como *El Prado de Valencia* de Gaspar Mercader sirven para ilustrar las pretensiones de dos personajes de origen noble, que se mueven en una sociedad cortesana en la que el patronazgo regio y la posición que se ocupa en relación al rey y a sus validos resultan determinantes a la hora de promover el propio status. Pero ambas son también testimonio de la afición de Francisco de Sandoval por las fiestas, y de la conciencia de su utilidad, desde fechas muy tempranas, todavía en vida de Felipe II, una útil pasión que el duque de Lerma desarrollaría en todo su

[37] Lhermite, *Le passetemps*, I, pp. 289-290.

[38] Sobre esta obra y su autor y sus vinculaciones con la figura de Lerma, véase Ferrer Valls, 2000.

esplendor a partir del acceso al trono de Felipe III, cuyo reinado tuvo como brillante punto de arranque los famosos fastos por la bodas reales celebradas en Valencia en 1599, a los que siguió todo un cortejo de fiestas que jalonaría el paso del de Lerma por el valimiento, configurando un episodio más de esta historia, ya bien conocido.

Referencias bibliográficas

BENIGNO, Francesco, *La sombra del rey. Validos y lucha política en la España del siglo* XVII, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

DANVILA Y BURGUERO, Alfonso, *Diplomáticos españoles: Don Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel Rodrigo (1538-1613)*, Madrid, Imp. Fortanet, 1900.

ELIAS, Norbert, *La sociedad cortesana*, Madrid, FCE, 1993 (1ª ed. 1969).

ELLIOTT, John y Laurence BROCKLISS (eds.), *El mundo de los validos*, Madrid, Taurus, 1999.

FEROS, Antonio, *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid, Marcial Pons, 2002.

FERRER VALLS, Teresa, *La práctica escénica cortesana: de la época del Emperador a la de Felipe III*, London, Tamesis Books, 1991.

——, «El duque de Lerma y la corte virreinal en Valencia: fiestas, literatura y promoción social. *El Prado de Valencia,* de Gaspar Mercader», *Quaderns de Filologia. Estudis literaris V*, València, Facultat de Filologia-Universitat de València, 2000, pp. 257-271.

LHERMITE, Jean, *Le passetemps*, tomo I, edición Ch. Ruelens, Anvers, Busschmann, 1890

Le passetemps, tomo II, edición E. Ouverleaux et J. Petit, Anvers, Busschmann, 1896.

LOBATO, María Luisa, y Bernardo J. GARCÍA GARCÍA (coords.), *La fiesta cortesana en la época de los Austrias*, Valladolid, Juan de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 2003.

MARTÍNEZ SAN JUAN, Miguel Ángel, Estudio y edición de *El pastor de Fílida* por Luis Gálvez de Montalvo, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2000.

MATEU IBARS, Josefina, *Los virreyes de Valencia: fuentes para su estudio*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1963.

MAZZONI, Stefano y Ovidio GUAITA, *Il teatro di Sabbioneta*, Firenze, Leo S. Olschki Editore, 1985.

MÉRIMÉE, Henri, *Spectacles et comédiens à Valencia (1580-1630)*, Toulouse/Paris, E. Privat/A. Picard, 1913.

MUÑOZ, Andrés, *Viaje de Felipe II a Inglaterra (1554)*, ed. de Pascual de Gayangos, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1887.

OLEZA, Joan (dir.) y Manuel DIAGO (coord.), *Teatros y prácticas escénicas I: el Quinientos valenciano*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1984.

PRADAS, Jerónimo, *Libro de Memorias de algunas cosas pertenecientes al convento de predicadores que han sucedido desde el año 1603 hasta el de 1628*, Biblioteca General e Histórica de la Universidad de Valencia, ms. 529.

QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco de, *Grandes anales de quince días*, en *Obras completas*, tomo I, *Obras en prosa*, ed. Felicidad Buendía, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 730-765.

VEGA, Lope de, *Fiestas de Denia*, introducción y texto crítico de M. G. Profeti. Apostillas históricas de B. J. García García, Firenze, Alinea Editrice, 2004.